

CARTA AL MINISTRO DE MARINA

El capitán de navío de reserva J. Viaud, al Sr. Ministro de Marina, en París.

Rochefort, 18 de Agosto de 1914.

« Señor Ministro :

« Cuando he sido llamado a activo para la guerra, abrigaba la esperanza de hacer algo más que el servicio mínimo que se me ha encomendado en nuestro Arsenal.

« No censuro en modo alguno, creedlo, sabiendo muy bien que la Marina no ha de desempeñar el primer papel y que mis camaradas de idéntica graduación, poco más o menos condenados a permanecer inactivos ¡desgraciadamente! por falta de puesto, se enervan y sufren como yo.

« Pero séame permitido invocar el otro nombre que llevo. Todo el mundo no está al corriente de los reglamentos marítimos, y ¿no constituirá un mal ejemplo en nuestro amado país, donde cada cual cumple magníficamente con su deber, que Pierre Loti no sirva para nada? Soy un marino algo excepcional por mi doble situación, ¿no es verdad? Perdonadme, pues, que solicite una medida de excepción y de favor; aceptaré con júbilo y con orgullo cualquier destino que me aproxime al enemigo, aun cuando se trate de un destino muy subalterno, muy inferior a mis cinco galones de oro.

« O bien, en rigor, ¿no podría ir en comisión, como agregado, a bordo de un buque que cuente con probabilidades de combatir? Allí encontraré el medio de hacerme útil, tenedlo por seguro. O finalmente, si hay un exceso de reglamentos o de leyes que se opongan a lo expresado ¿querriais, señor Ministro, dejarme libertad para ir y venir, en espera de que puedan necesitar me en la escuadra, a fin de que intente, de aquí a entonces, ocuparme no importa dónde, aunque sólo sea en

las ambulancias? Resulta cruel para mí, y nadie acertará a comprender que, por el hecho de que soy capitán de navío en la reserva, me vea condenado casi a la inacción, cuando Francia entera empuña las armas.

« Firmado : JULIEN VIAUD. »

(PIERRE LOTI.)

II

DOS POBRES PAJARILLOS DE BÉLGICA

Agosto de 1914.

Cierta noche, en una de nuestras ciudades del Sur, acababa de entrar en la estación un tren de refugiados belgas, y los infelices mártires se apeaban, uno a uno, exhaustos y desconcertados, en aquel andén desconocido, donde los franceses los aguardaban para recogerlos. Llevando consigo algunos paquetes tomados al azar, habían subido a los vagones sin preguntarse siquiera a qué punto los conducirían; habían subido con el apresuramiento de huir, de huir despavoridos ante el horror y la muerte, ante el incendio, ante las indecibles mutilaciones y violaciones sádicas, — ante todo lo que ya parecía imposible en la tierra, pero que se empollaba aún, por lo visto, en

el fondo de los pietistas cerebros alemanes, y que de repente se desbordó, cayendo en su país y en el nuestro, como el último vómito de las barbaries primitivas. No tenían ya ni pueblo, ni hogar, ni familia, los que allí llegaban sin objeto, como náufragos, y en los ojos de todos reflejábanse la angustia y el espanto. Abundaban los niños y las niñas cuyos padres desaparecieron entre las llamas o en los combates. Y veíanse también abuelas, de entonces en adelante solas en el mundo, que emprendieron la fuga sin darse cuenta de lo que hacían, careciendo de apego a la vida, pero impulsadas por vago instinto de conservación; el rostro de esas mujeres no expresaba nada, ni aun la desesperación, como si en realidad su alma estuviese ausente y su cerebro vacío.

Dos pequeñuelos, perdidos en medio de la muchedumbre lastimosa, manteníanse cogidos de la mano; dos niños de corta edad, visiblemente dos hermanitos; el mayor, a lo sumo de cinco años, protegía al menor, que podía tener hasta tres. Nadie los reclamaba, nadie los conocía. ¿Cómo alcanzaron a comprender y a discurrir soli-

tos que, también ellos, necesitaban salir en aquel tren, para no perecer? Vestían trajes decorosos y mostraban las piernas abrigadas con gruesas medias de lana; adivinábase que debían de pertenecer a familia modesta, pero cuidadosa; sin duda eran hijos de alguno de los sublimes soldados belgas que sucumbieron heroicamente en el campo de honor, y que les dedicó, en el momento de la muerte, un supremo recuerdo de cariño. Los pequeñuelos ni siquiera lloraban, hasta tal punto hallábanse aniquilados por el cansancio y por el sueño; a duras penas se sostenían de pie. Encontrábanse sin fuerzas para responder cuando se les preguntaba, pero, sobre todo, no querían separarse, no. Al fin, el mayorcito, siempre crispando su mano sobre la del otro, con el temor de que se desasiese, recobró repentinamente la conciencia de su papel de protector y encontró fuerzas para dirigirse a la dama que, ostentando un brazal, se inclinaba hacia él :

— « Señora », — le dijo con vocecita suplicante y ya medio adormilada. — « Señora ¿es que nos van a acostar? » De momento, aquello era todo lo

que se sentían con ánimos de desear, todo lo que esperaban de la compasión humana : que se tuviese la bondad de acostarlos. Prontamente fueron acostados, juntos, como es de suponer, y se durmieron en el acto, siempre cogiditos de la mano y apretados uno contra otro, y en el mismo instante sumergiéronse ambos en la tranquila inconsciencia de los sueños infantiles...

Una vez, hace mucho tiempo, en el mar de la China, durante la guerra, dos pajarillos atolondrados, dos minúsculos pajarillos, menores aún que nuestros reyezuelos o aguzanieves, habían llegado no sé cómo a bordo de nuestro acorazado, hasta el departamento de nuestro Almirante, y, todo el día, sin que nadie se permitiese asustarlos, se entretuvieron revoloteando de acá para allá, posándose en las cornisas y en el follaje de las plantas verdes.

Llegó la noche, y ni me acordaba de ellos, cuando el Almirante me envió recado llamándome a su camarote. Era para enseñarme, con enternecimiento, a los dos minúsculos visitantes, que habían ido a acostarse en su cuarto, soste-

niéndose con una sola patita en un fino cordón de seda tendido sobre la colgadura del lecho. Muy cerca, muy cerca el uno del otro, convertidos en dos bolitas de plumas que se tocaban casi confundiendo, dormían sin el más leve temor, como segurísimos de nuestra compasión...

Y estos pobres pequeñuelos belgas, durmiendo muy juntitos, me han hecho pensar en los dos pajarillos perdidos en medio del mar de la China. Era, en efecto, la misma confianza y el mismo sueño de inocencia; — pero cuidados mucho más afectuosos aún iban a velar sobre ellos.

III

REDUCIDA VISIÓN DE ALEGRÍA, EN LA LÍNEA DE BATALLA

Octubre de 1914.

Hacia las once de la mañana de este día, llegué a un pueblo — cuyo nombre he debido de olvidar; — iba en compañía de un comandante inglés, que los azares de esta guerra me habían dado por camarada desde la víspera, y nos seguía amablemente un gran mago : el sol. Un sol radiante, un sol de fiesta, transformador y embelecador de todas las cosas. Esto acontecía en un departamento del extremo Norte de Francia, nunca he sabido cuál era, pero, en razón a la suavidad de su temperatura, hubiéramos podido creernos en Provenza.

Para llegar hasta allí habíamos caminado, durante casi un par de horas, entre dos filas de soldados que marchaban en sentido inverso la una de la otra. La fila de la derecha nuestra, la constituían ingleses, que iban a la batalla, muy limpios, muy rozagantes, satisfechos y animosos, admirablemente equipados y provistos de hermosos y bien cuidados caballos. Nuestra fila de la izquierda la formaban artilleros de Francia, que volvían, de la gigantesca batalla, para descansar un poco; éstos, aunque cubiertos de polvo y con algunos vendajes en los brazos y en la frente, mostraban, sin embargo, rostros joviales y aspecto saludable, y desfilaban ordenadamente por secciones; conducían, también, cargas de cartuchos vacíos, que habían tenido tiempo de recoger, lo cual demostraba bien que efectuaron su retirada sin prisa y sin miedo, como vencedores a quienes los jefes han ordenado unos cuantos días de descanso. Oíase a lo lejos como fragor de tormenta, muy amortiguado al principio, pero que aumentaba más y más a medida que nos aproximábamos. En las tierras de los

alrededores, los campesinos labraban como si nada ocurriera, no obstante su inseguridad de que los salvajes, que producían tanto estruendo allá abajo, pudiesen volver de nuevo cualquier día para saquearlo todo. Acá y acullá, sobre la hierba de las praderas y en torno de fogatas de leña menuda, veíanse grupos que hubiesen sido lamentables bajo un cielo sombrío, pero a los cuales, sin embargo, el sol encontraba medio de alegrar: emigrados que huían ante los bárbaros, y que guisaban como los bohemios, en medio de los montones de sus pobres ropas empaquetadas a escape durante el terrible; ¡sá vese quien pueda!

Nuestro automóvil iba lleno de paquetes de cigarrillos y de periódicos, que nos fueron entregados por almas compasivas, con encargo de distribuirlos entre los combatientes; y de tal modo nos encontrábamos oprimidos y obligados a caminar con lentitud entre las dos filas de soldados, que podíamos efectuar la distribución por las portezuelas, a la derecha a los ingleses, a la izquierda a los franceses; unos y otros alargaban la mano para atrapar al vuelo el obsequio,

y, sonriendo, nos daban las gracias con un rápido saludo militar.

Había también gente de los pueblos que marchaba, confundida con los soldados, por aquella ruta que se obstruía con tanta aglomeración de personas. Recuerdo a una campesina joven y muy bonita que, entre los furgones ingleses de guerra, tiraba de una cuerda arrastrando un cochecito en el cual iban dos pequeñuelos dormidos; la muchacha se fatigaba, porque la pendiente era áspera en aquel sitio; un guapo sargento escocés, con bigotes de oro, que fumaba un cigarrillo, sentado, y con las piernas colgando, en la trasera del furgón más próximo, le hizo señal: « Deme el extremo de esa cuerda. » La campesina comprendió y aceptó la invitación, ruborosa y sonriendo amablemente; el escocés enrolló el delgado cable al trazo izquierdo, conservando libre el derecho para proseguir fumando, y él condujo a los dos pequeñuelos de Francia, cuyo minúsculo cochecito fué arrastrado, como una pluma, por el pesado camión.

Cuando entramos en el pueblo, el sol resplan-

decía a más y mejor. Existía allí una confusión, una mezcla como nunca se había visto y como nunca se volverá a ver, después de esta guerra única en la Historia: todos los uniformes, todas las armas, escoceses, coraceros franceses, turcos, zuavos, y beduinos cuyo saludo militar levantaba el albornoz con noble ademán. La plaza de la Iglesia hallábase ocupada por enormes ómnibus automóviles ingleses, que antaño prestaron servicio de comunicaciones en Londres y que aún llevaban en grandes letreros los nombres de los barrios de dicha capital. — Se dirá que exagero, pero verdaderamente tenían aire de asombro, los ómnibus automóviles, al rodar ahora por el suelo de Francia y al verse repletos de soldados.

Todo aquel gentío, confundido, disponíase a almorzar. Sonaba sin interrupción la gran sinfonía entonada por los salvajes (que tal vez llegarían mañana, ¿quién lo sabe?), el incesante cañoneo; pero nadie se cuidaba de ello. Además ¿cómo inquietarse, disfrutando de un sol magnífico, de un esplendísimo sol de Octubre, y admi-

rando rosas que aun florecían en los muros, y dalias de todos colores, en los jardines apenas rozados por las escarchas?... Cada cual se acomodaba lo mejor que podía para despachar la comida; el aspecto era el de una fiesta, de una fiesta algo incoherente y rara, como, por ejemplo, si se hubiese organizado en las inmediaciones de una torre de Babel. Jovencitas recorrían los grupos, y rubios pequeñuelos circulaban regalando frutos cogidos en sus huertos. Los escoceses, creyéndose en un país cálido comparado con el suyo, estaban en mangas de camisa. Sacerdotes y religiosas de la Cruz Roja hacían que los heridos tomasen asiento en cajas; una ancianita y bondadosa Hermana, de blanca toca, apergaminado rostro y lindos ojos llenos de candor, instalaba con mil precauciones a un zuavo cuyos brazos se hallaban envueltos en vendajes, y al cual, sin duda, iba a dar de comer como a un niño.

El Comandante inglés, y yo, sintiendo mucha hambre, nos encaminamos a la posada, de aspecto hospitalario, donde ya los oficiales se

encontraban sentados a la mesa con los soldados. (No hay barreras jerárquicas, en los tiempos tormentosos que atravesamos.) — « Puedo servirles vaca asada y conejo salteado, nos dijo el posadero; pero, en cuanto a pan, es inútil que se molesten en pedírmelo; a ningún precio lo conseguirán ustedes en parte alguna. — ¡ Ah !, observó mi camarada el Comandante inglés, ¿y esas dos hermosas hogazas que están ahí, recostadas contra la puerta? — ¡ Oh ! esas hogazas pertenecen a un general, que las ha enviado porque va a venir a almorzar con sus ayudantes. » Apenas volvió la espalda el dueño de la posada, mi compañero, sacando rápidamente un cuchillo, cortó, y ocultó bajo su capote, un pedazo de una de las áureas hogazas. — « Hemos encontrado pan, manifestó con toda tranquilidad al posadero, ya puede usted servirnos. » — Y, al lado de un oficial árabe *de la Gran Tienda*, que lucía albornoz rojo, almorzamos alegremente con nuestros invitados : los soldados de nuestro automóvil. La esplendidez del sol rayaba en su apogeo, iluminando con regocijo a la abigarrada muche-

dumbre y a los exóticos ómnibus automóviles, cuando salimos de la hostería para reemprender nuestro viaje. Un convoy de prisioneros alemanes atravesaba por la plaza; con aire bestial y solapado caminaban entre soldados nuestros, que marcaban el paso mil veces mejor que los prisioneros, a los cuales casi nadie miraba. La vetusta religiosa, la ancianita de ojos henchidos de pureza, ayudaba a fumar al zuavo, imposibilitado entonces de mover los brazos, y le aproximaba el cigarrillo a los labios con temblorosa y algo torpe solícitud de abuela. Al mismo tiempo parecía referirle cosas preciosísimas — con esa gracia inocente y juvenil de la cual las benditas Hermanas poseen el secreto — porque ambos se reían a más y mejor. ¿Quién sabe qué cuentecillo infantil le estaría narrando? Un anciano sacerdote que cerca de ellos fumaba su pipa — sin la menor elegancia, fuerza es declararlo — se reía también al verlos reír. Y en el momento en que de nuevo subíamos al carruaje para proseguir nuestro camino hacia la región de horror donde el cañón tronaba, una muchachita de unos doce

años, para engalanarnos con flores, corrió a arrancar de su jardín un brazado de astéreas otoñales...

¡ Cuánta gente buena existe aún en el mundo !
¡ Y hasta qué punto la agresión de los salvajes de Alemania ha desarrollado los dulces vínculos de la fraternidad, entre todos los que verdaderamente pertenecen a la especie humana !

IV

CARTA AL BAJÁ ENVER

Rochefort, 4 de Septiembre de 1914.

« Mi querido y gran amigo : Perdone mi carta, en gracia a mi admiración afectuosa hacia usted y a mi adhesión a su patria, que considero en parte como mía. En Trípoli, fué usted el héroe magnífico, sin tacha y sin miedo, teniendo a raya al enemigo, en proporción de diez contra mil; en Tracia, fué usted el que restituyó Adrianópolis a Turquía, realizando la obra prodigiosa de reconquistar, casi sin derramamiento de sangre, la ciudad heroica. Reprimió usted por doquiera, con la violencia necesaria, las crueldades y los actos de bandolerismo; he visto la indignación de usted contra las atrocidades búlgaras, y usted mismo, en su automóvil militar,

tuvo la bondad de llevarme a recorrer las ruinas de los pueblos por donde habían pasado los asesinos.

« Ahora bien, lo que usted sin duda no sabe aún, quiero yo decírselo : ¡ los alemanes cometen en Bélgica y en Francia, y en virtud de órdenes, las propias abominaciones que los búlgaros cometían en Turquía ! Y resultan muchísimo más odiosos todavía, porque los búlgaros eran montañeses primitivos a los cuales habían fanatizado, mientras que éstos son civilizados, pero de una brutalidad tan fundamental que ni la cultura tiene arraigo en sus almas ni es posible esperar nada de ellos.

« Hoy Turquía quiere reconquistar sus islas; respecto a este punto, y a menos de padecer una ceguera de prejuicios, nadie dejará de comprender tal deseo. Pero tiemblo al pensar en que intento llevar más allá la guerra... Adivino perfectamente, y lamento, las presiones ejercidas sobre el amado país de usted y sobre usted mismo, por el ser abominable en el cual han encarnado todas las tachas de la raza prusiana : ferocidad, inso-

lencia, trapacería. Ha debido de abusar del hermoso y fervido patriotismo de usted, halagándole con ilusorias promesas de desquite. Desconfíe de sus mentiras. Ciertamente ha sabido impedir que la verdad llegue hasta usted, sin lo cual usted, soldado de corazón leal, habríase apartado de él. Ha sabido persuadir a usted, como a una parte de su pueblo, de que se había visto obligado a estas matanzas, cuando, en realidad, venían siendo detenidamente premeditadas, con infernal cinismo. Ha logrado infundir a usted confianza en sus victorias, cuando él sabía, como todo el mundo hoy, que el triunfo acabará por ser nuestro. Y, además, si por un imposible nosotrosuviésemos que sucumbir durante algún tiempo, no por ello Prusia y su dinastía de fieras dejarían de quedar enclavadas para siempre en las más vergonzosas picotas de la Historia humana.

« ¡ Cuánto sufriría yo al ver a nuestra querida Turquía, engañada por ese miserable, lanzarse en pos de él a una terrible aventura, y más aún al verla deshonorarse asociándose al atentado de los

últimos bárbaros contra la civilización! ¡Oh, si usted supiese la inmensa repugnancia que se suscita en el mundo entero contra la raza prusiana!

« ¡Ay! Nada deben ustedes a Francia; lo reconozco, deplorándolo. Hemos autorizado el acto que realizó Italia en Tripolitania. Más tarde, en los comienzos de la guerra balcánica, olvidamos la hospitalidad secular que Turquía otorgaba ampliamente a nosotros, a nuestros establecimientos de enseñanza, a nuestra cultura, y a nuestro idioma que casi ha llegado a ser el de ustedes. Por irreflexión e ignorancia, nos inclinamos en favor de la causa de los vecinos de ustedes, de esos vecinos entre los cuales nuestros compatriotas nunca han hallado sino malevolencia y persecuciones; contra ustedes, emprendimos entonces una campaña de calumnias, cuya injusticia hemos reconocido demasiado tarde. Los alemanes, por el contrario, fueron los únicos que proporcionaron a ustedes algún auxilio, ¡oh, poquísimo! Pero, de cualquier modo, ese auxilio no merece que ustedes se suiciden por

ellos. Y a mayor abundamiento, ténganlo en cuenta, esa gente acaba ahora de colocarse fuera de la Humanidad; resultaría, pues, no sólo peligroso, sino degradante, caminar en su compañía.

« Ejerce usted sobre su país una influencia plenamente justificada; ¡ojalá pueda usted detenerla en la pendiente mortal en que, al parecer, se ha arriesgado! Mi carta tardará mucho tiempo en llegar a manos de usted; cuando llegue, acaso haya usted abierto los ojos, a pesar de la trama de mentiras en que Alemania ha debido de envolverle; permíteme si he querido figurar entre los que hayan llevado o lleven hasta usted un fulgor de la verdad.

« Abrigo fe inquebrantable en nuestro triunfo final. Pero, el día de la liberación, ¡cuán velado de luto estaría mi júbilo si mi segunda patria oriental se sepultase bajo los escombros del horrible imperio de Prusia! »